
El libro de viajes, la ficción y sus legados en los "Naufragios" de Alvar Núñez Cabeza de Vaca

Author(s): Enrique Pupo-Walker

Source: *Annali d'Italianistica*, 1996, Vol. 14, L'Odeporica / Hodoeporics: On Travel Literature (1996), pp. 131-144

Published by: Arizona State University

Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/24007438>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <https://about.jstor.org/terms>



is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Annali d'Italianistica*

JSTOR

El libro de viajes, la ficción y sus legados en los *Naufragios* de Alvar Núñez Cabeza de Vaca

Puede consignarse, con alguna certeza que, en el mundo hispánico, los libros de viajes casi siempre han suscitado nociones contradictorias. Al valorarlos no hemos sabido, a punto fijo, qué hacer con ellos¹. Reconocemos, eso sí, sus múltiples enlaces con la historiografía y más aun con las letras de creación pero en todo caso seguimos calibrándolos como materia descentrada. Por otra parte, habitualmente se ha confirmado—en términos cuantitativos—la riqueza que esa modalidad narrativa alcanzó en España y América, sobre todo a partir del siglo XV². Más adelante, tendremos oportunidad de comprobar esas aseveraciones. Pero como saldo preliminar convendremos en que es poco lo que en verdad sabemos sobre la hechura evasiva de esos textos. Sospecho que es así porque de ordinario las pesquisas centradas en las narraciones de viajes no han superado los esquemas del resumen o de la noticia bibliográfica. Inevitablemente la carencia a que aludo se hace más patente cuando descubrimos la variedad de tratados que sobre esos libros se han escrito en Italia, Francia o en el mundo de habla inglesa³. Acaso para contrarrestar—en proporciones muy discretas—el vacío que he subrayado, comentaré un libro que a lo largo de siglos ha complacido a lectores de toda índole. Me refiero a los *Naufragios* (1542) del andaluz Alvar Núñez Cabeza de Vaca⁴. Concretamente, en las notas que siguen aclaro la ubicación de este curioso texto así como los casi

1. Con admirable erudición Angel Gómez Moreno describe en una obra reciente *España y la Italia de los humanistas* (Madrid: Gredos, 1994), las fortunas y vicisitudes de la narrativa viajera en la España renacentista, pp. 296-332.

2. Consúltese Barbara W. Fick, *El libro de viajes en la España medieval* (Santiago de Chile; Editorial Universitaria, 1976).

3. Ese legado se suscita, por ejemplo, en dos obras seminales que versan sobre los descubrimientos americanos. Antonello Gerbi, *La naturaleza de las Indias nuevas: de Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo* (México, Fondo de Cultura Económica, 1978). Hay ediciones italianas e inglesas. Ver también John H. Elliott, *El viejo y el nuevo mundo (1492-1650)* (Madrid, Alianza Editorial, 1970).

4. Ver mi edición crítica de este texto (Madrid, Castalia, 1992).

surepticios vínculos que existen entre la narración de Cabeza de Vaca y el legado retórico que acumularon la prosa de ficción y la historiografía renacentista.

Sorprenderá, en alguna medida, que me interese elucidar convergencias de esa naturaleza en el texto de Alvar Núñez. Lo afirmo así porque tradicionalmente se ha celebrado la redacción escueta y descarnada que resalta en los *Naufragios*. Al parecer, lo mejor de este libro se cifra en la representación de los más elementales regocijos, o en la observación capaz de revelar lo que pueda haber de excepcional en el más estólido hecho cotidiano⁵. Ciertamente, la escritura de Núñez refleja las vivencias de un ser humano que conoció todos los ayunos imaginables y que como tal celebraba, con pueril alegría, el logro de una miserable vitualla⁶. No obstante, tras la impavidez y lisura de sus testimonios yacen niveles de elaboración que más de una vez confirman la atenuada calidad y finura de sus escritos. Pero antes de calar en esas dimensiones del texto conviene esbozar lo que en este libro se relata. En treinta y ocho breves capítulos, los *Naufragios* refieren las vicisitudes de una expedición que en 1527 desembarcó en la Florida con el afán de conquistar, para Castilla, aquellas casi míticas regiones⁷. De las 600 personas que participaron en esa aventura sobrevivirían cuatro; un marroquí y tres españoles. Casi una década vivieron estos náufragos entre tribus nómadas que a duras penas bregaban en la penumbra del paleolítico americano⁸. Así, maltrechos y desnudos los cuatro atravesaron las hinóspitas áreas comprendidas entre la costa oeste de la Florida y la capital de Nueva España (México). Ese inusitado acontecer fue relatado principalmente por Alvar Núñez⁹.

La información que hoy conocemos sobre Cabeza de Vaca y sus antepasados parece vincularle, históricamente, con un amplio horizonte de navegaciones espectaculares, conquistas y leyendas¹⁰. Lo que seguramente él no sospechó es que sus escritos breves se convertirían, con el paso de los años, en importante hito de una tradición narrativa de aventuras y viajes: tradición que se remonta a la antigüedad clásica y al mundo semítico, y que reaparecería con inusitada vitalidad

5. Ver, por ejemplo, el cap. XXII.

6. En los caps. X, XI y XII, Núñez ofrece testimonios de esa índole.

7. Ver David Weber, *The Spanish Frontier in North America* (New Haven, Yale University Press, 1992).

8. Me refiero a las tribus coahuiltecas y carancaguas que habitaron las costas e inmediaciones del Golfo de México. Ver mi edición, pp. 59-65.

9. La relación de Cabeza de Vaca sufrió por lo menos tres versiones. Las dos primeras fueron redactadas colectivamente. Ver en mi edición el apartado sobre la evolución del texto, pp. 125-132.

10. Recordemos que antepasados de Alvar Núñez estuvieron involucrados en la aventura marítima y conquistadora que supuso la conquista de las islas Canarias. Ver mi edición, el apartado que resume la semblanza biográfica de Cabeza de Vaca, pp. 82-87.

imaginativa en los siglos XV y XVI¹¹. Resumir aquí ese vasto legado de textos sería inoportuno y me obligaría a una serie amplísima e injusta de omisiones. Sin embargo, algunas precisiones pueden hacerse, que nos servirán para constatar, ante todo, a la inmensa riqueza de esas modalidades narrativas, y también para señalar las dificultades que esos textos suponen cuando se intenta una gestión clasificadora¹². Sin abordar obras clásicas como la *Odisea*, la *Eneida* y las *Metamorfosis*, así como los linajes que derivan de esos textos seminales, advertiremos que buena parte de la historiografía grecoromana también está estrechamente vinculada a esa casi infinita narrativa de viajes. Al describir, por ejemplo, los paisajes de Lidia y sus regiones adyacentes, Herodoto se detiene con la curiosidad propia del viajero, para delinear “monumentos y costumbres de los lidios” (I, 93.2)¹³. Allí, al descifrar el contenido de epitafios e inscripciones, una vez más se dejará llevar por su imaginación para recopilar datos que emanan de sus propias suposiciones¹⁴. Igualmente astutas e interesantes pueden ser las especulaciones que, en otros momentos, le llevan a discernir los confines del mundo occidental¹⁵.

Comentarios muy similares podrían hacerse sobre las “embajadas a Roma” que, con el habitual tesón de sus escrúpulos, nos relata Polibio en el libro XXIV de su *Historias*¹⁶; y otro tanto puede añadirse sobre las descripciones que Orosio ofrece en sus *Historias* nada menos que sobre “la situación de todo el orbe y del nombre y extensión de las regiones en que está dividido”¹⁷. En la tradición romana el mismo Cicerón, en su *De Oratore* había indicado que “la elaboración de una obra historiográfica se basa en el contenido y en la forma, pero el contenido exige la descripción minuciosa de sitios y regiones” (*Legitus* I, 5). El repaso brevísimo de esos textos primordiales nos interesa, no como mero respaldo erudito de la gestión

11. La resonancia internacional de los *Naufragios* se registra en numerosas obras antes citadas y más recientemente en dos importantes estudios. Entre ellos destacan: Samuel Eliot Morison, *The European Discovery of America: The Southern Voyages, 1492-1616* (New York: Oxford University Press, 1974), pp. 516-528 y Boies Penrose, *Travel and Discovery in The Renaissance: 1420-1620* (Cambridge: Harvard University Press, 1952).

12. La disparidad inherente a ese material se aprecia en la conocida obra de Phillip B. Gove, *The Imaginary Voyage in Prose Fiction* (New York: Columbia University Press, 1941). Esta obra repasa casi todos los estudios clásicos sobre la narrativa de viajes.

13. *Historias* (I-VI). Ed. de Carlos Schrader (Madrid: Gredos, 1977). Todas las citas provienen de esta edición. No olvidemos que los métodos historiográficos de Herodoto eran tema muy discutido en el siglo XVI. Ver: A. D. Momigliano, “The Place of Herodotus in the History of Historiography”, *History*, VIII (1958), 1-13.

14. La transcripción que Herodoto ofrece de los textos que aparecen en las pirámides egipcias son, como es sabido, elucubraciones suyas (*ibid.*, VI 53 (6.D.3)).

15. *Ibid.*, III (115, 212).

16. *Historias*, XXIV, 1, 230, ed. de Manuel Balash Recort (Madrid: Gredos, 1983).

17. *Historias* (I, 2, 86), Ed. de E. Sánchez Salor (Madrid: Gredos, 1982).

investigadora, sino porque pone en evidencia la importante raíz historiográfica de la narrativa de viajes. Al evocar aquí las proporciones inmensas de esa tradición narrativa, que se reafirma en los *Naufragios*, queda sugerida otra vertiente de libros, en gran parte imaginarios, que exhibe, entre sus mejores ejemplos, textos de Jenofonte, Eratóstenes y Mariano de Tiro. Con ellos, y con las amplias visiones de una geografía imaginaria—también defendida por Platón—se ensanchaba casi ilimitadamente la *oikumene* alejandrina (235-323 a.C.); ampliación que se llevó a cabo sobre todo en las rutas que han marcado, desde entonces, tanto la actividad exploratoria como los libros de viajes. En Roma, Estrabón continuaría ese proceso amplificador que elucidaba, a la vez, espacios geográficos y culturales, pero hoy sabemos que el alcance de su labor descriptiva se vio superada por la *Historia natural* (79 a.C.) de Plinio el Viejo. Este último es uno de los libros más sugestivos de su tiempo; libro, además, que tan profundo impacto tendría sobre la narrativa de viajes y la historiografía novomundista del siglo XVI¹⁸. Todo ese trasunto noticioso e imaginativo se reescribiría en América, sólo que siempre con la mezcla de ansiedades y fervor que de ordinario puede suscitar lo que nos es totalmente desconocido.

Contra lo que podría suponerse, el declive que trajo consigo la decadencia romana y la baja Edad Media no atenuaron radicalmente la producción de relatos en torno a viajes y sitios fabulosos. Si bien el estudio de la geografía se vio disminuido en sus aspectos científicos, también debe señalarse que la señalada autoridad de la patrística cosmográfica marcó nuevos derroteros imaginarios para la relación geográfica. Hoy sabemos que las ilusorias visiones del mundo físico que concibió el Medioevo engendraron un número cuantioso de leyendas que se manifestaron en tratados y libros muy disímiles, así como en una pródiga narrativa hagiográfica de raíz popular. Aquel mundo discernido en torno a Jerusalén, y fertilizado por ríos que fluían desde zonas paradisíacas, ciertamente no sería confirmado en todos sus aspectos por San Agustín, Alberto Magno o San Isidro¹⁹, pero sí lo fue por muchos otros que estaban más afectados por la devoción proselitista que por el limitado saber que poseían²⁰.

As admirable, al mismo tiempo, que ese vasto trasunto de fantasías geográficas tuviese una considerable influencia en proyectos de navegación y descubrimientos que se iniciaron en el Renacimiento; proyectos que se ejemplifican en las gestiones

18. El historiador inglés John H. Elliott ha señalado el impacto de Plinio en la *Historia general y natural de Indias* de G. Fernández de Oviedo. Ver: *El viejo y el Nuevo Mundo: 1492-1650* (Madrid: Alianza Editorial, 1970), p. 46.

19. Penrose, p. 7.

20. Son famosos, en ese orden, los desmanes descriptivos del monje misionero Cosmas (540 d. D.). Es curioso que entre 1290 aproximadamente y 1400 apenas aparecen tratados de geografía como tal (*Ibid.*, p. 8).

que inicia la Corona portuguesa, a partir de los reinados de Juan II y Enrique el Navegante²¹. Paradójicamente, más influencia tendrían sobre Colón que sobre los pragmáticos marinos portugueses aquellas imaginarias descripciones y cálculos que contenían la famosa *Imago mundi*, del obispo francés Pierre d'Ailly, así como la *Geografía* de Tolomeo: esta última, probablemente en la edición traducida por Jacobus Angelus (1310-1406)²². Pero sin desvirtuar el alcance indiscutible de los libros antes citados, la síntesis más atrevida y popularizada de mitos clásicos, bíblicos y medievales—sobre geografías imaginarias—se había reunido en los afamados *Viajes* de Juan de Mandeville; libro éste que también figuró entre las obras y tratados que consultó Colón²³. Habrían de pasar muchos años antes que ese voluminoso contingente de ficciones cosmográficas fuese desvirtuado por las revelaciones fácticas que hicieron posible los descubrimientos americanos²⁴.

Pero antes de seguirle la pista a hechos y a personajes que exacerbaron la imaginación europea de fines del siglo XV, y principios del XVI, me parece necesario aludir—en una pesquisa de esta índole—a un vasto legado de libros y narraciones que se produjeron en aquel contexto histórico y que hoy aparecen como un sugestivo telón de fondo para la historiografía de Indias. Los que ahora recuerdo son, casi todos, libros españoles que apenas se han estudiado a fondo pero que, indirectamente, anticipan muchas de las proyecciones imaginativas y de los recursos expositivos que se utilizarían para describir el Nuevo Mundo²⁵. En conjunto, se trata de narraciones inspiradas, a distancia, en el ambular caballeresco, en la hagiografía del Medioevo, en la novela bizantina y en acontecimientos históricos que retenían un sesgo heroico²⁶. Así, Andrés Bernáldez (?-1513) (el Cura de los Palacios) en su *Historia de los Reyes Católicos ...* (edición de 1856), enlaza ya las morosas relaciones habituales de los reinados castellanos con el despertar casi

21. Para el resumen más lúcido sobre ese período, ver: Daniel J. Boorstin *The Discoverers* (New York: Random House, 1985), pp. 256-289.

22. La tortuosa trayectoria de la *Geografía*, la elucida Penrose, p. 10.

23. Los que hayan leído con cuidado las descripciones de China y reinos nórdicos que expone Mandeville, podrán verificar que Colón le leyó con más fascinación que minuciosidad. He consultado la edición inglesa de A.W. Pollard (Londres: McMillan & Co., 1923), pp. 139-162.

24. Los avances tecnológicos y de complicada artesanía que se llevaron a cabo en los siglos XVI y XVII los expone Carla Phillips en su excelente estudio *Six Galleons for the King of Spain* (Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1986).

25. Se ha estudiado el impacto de la historiografía clásica, medieval y renacentista sobre las crónicas de Indias. Pero no se ha explorado la posible relación de esos libros de viajes—tan conocidos en el siglo XV—con las relaciones de historiadores novomundistas.

26. Sobre la dimensión heroica e imaginativa de la historiografía medieval española consúltese el muy valioso estudio de Robert Tate, *Ensayos sobre la historiografía peninsular del siglo XV* (Madrid: Editorial Gredos, 1970). Hay edición inglesa.

alucinado que produjo el descubrimiento del Nuevo Mundo. Es un momento aquél en que la fabulación histórica cuenta con no pocos ejemplos²⁷. Propios de esa tradición castellana son los *Hechos del condestable Miguel Lucas de Iranzo* y la *Crónica de don Pedro Niño*. Pero mucho más interés tiene la narración de Ruy González de Clavijo, autor de la famosa *Historia del Gran Tamorlán*. En ella se narran las supuestas gestiones que hace Enrique III de Castilla para engraciarse con el gran Tamorlán de Persia. Casi todo su asunto deriva en un libro de viajes y en curiosas viñetas de ciudades y reinos entre los que figuran Gaeta, Mesina, Roda y Constantinopla. La narración se demora, particularmente, en la descripción de costumbres y peculiaridades culturales de diferentes sociedades, anticipando de esa manera elementos formales de la picaresca, así como los registros temáticos y expresivos de la crónica de Indias²⁸. Pero todavía más significativas, por su complejidad y refinamiento expositivo, son las *Andanzas y viajes de Pedro Tafur por diversas partes del mundo* (1435-1439).

En los relatos de Tafur abundan descripciones muy logradas de ciudades egipcias, griegas, alemanas, turcas e italianas. En Italia, Tafur se encontrará nada menos que con el pródigo Niccolo Conti, veneciano de familia ilustre y viajero incansable por el Cercano Oriente, quien a su vez compartió un cúmulo muy amplio de noticias con Tafur. Conti, al parecer, se interesó principalmente por la descripción muy vívida que el español había logrado sobre la decadencia de Constantinopla²⁹; ciudad sobre la que Tafur intercala varias leyendas, entonces en boga, pero más allá del deleite que le producen esas ficciones, Tafur expone el criterio utilitario y retórico en que deben basarse los libros de viajes. Son textos, según él, que a todos benefician ya que en ellos puede alcanzarse un nivel cognoscitivo muy amplio de realidades geográficas y culturales. En su interesante prólogo, Tafur nos dice que mediante estos libros podremos “venir en conocimiento de lo más provechoso de la cosa pública e establecimiento della”³⁰. Vinculados a esas perspectivas y a esa tradición narrativa aparecen en Castilla otros libros como *Seguro de Tordesillas*, de Pedro Rodríguez de Velazco, y también el conocido *Libro del Passo Honrosso de Suero de Quinoñes*, original de Pedro Rodríguez de Lena. Los sucesos de estirpe caballeresca que se relatan en esta última obra están

27. Destacan, entre esos textos, las arengas imaginarias y las descripciones hiperbólicas de acciones militares que aparecen en la *Crónica de los Reyes Católicos* (1935) de Alonso Flores (-1476).

28. Ver: Stephen Gilman, “Bernal Díaz del Castillo and Amadís de Gaula”, en *Homenaje a Dámaso Alonso* (Madrid: Gredos, 1970), pp. 99-114.

29. Penrose, entre otros, comenta esa relación, casi de carácter novelesco, p. 23.

30. *Andanzas e viajes de Pero Tafur por diversas partes del mundo auidos*, ed. de José Ramos (Madrid: Asociación de Libreros, 1934). Observemos cuán próximos están los razonamientos de Tafur a las matizaciones que Núñez hace en su proemio a los Naufragios.

parcialmente documentados en la *Crónica de Juan II* y en los conocidos anales de Zorita³¹.

La que he resumido aquí es una secuencia de textos—más amplia de lo que podría suponerse—que anticipan el deambular picaresco y los vericuetos de la crónica indiana. En ellos se proponen, además, formas de la verosimilitud histórica que en el siglo XVI motivaron polémicas bien conocidas entre Antonio de Guevara (1481-1545), Pedro de Rúa (1480-1558), Ambrosio Morales (1513-1591) y otros humanistas e historiógrafos de la época³². Particularmente en los libros de viajes se formulaba toda una nueva epistemología del viajar, concebida ésta como actividad simbólica de una existencia cifrada en el afán de conocer y revelar; avidez que por duplicado se revela en el *Quijote*³³. Otros libros de aquellos siglos, minuciosamente estudiados por Angel Delgado Gómez³⁴, como el *Aromatum* de G. García Orta—que a su vez había traducido el naturalista portugués Carlos Clusio—reaparecerán con notable frecuencia en el contexto literario del siglo XVI³⁵. La necesidad de viajar era propugnada por la filosofía natural, elucidada, en parte, por Hipócrates, según la cual el conocimiento científico sólo es firme si se apoya en una inspección meticulosa del entorno³⁶. Se vivía entonces un momento histórico en el que, con obvia inquietud renacentista, muchos se interesaban por desvelar los misterios infinitos del mundo que los rodeaba. En 1555 exactamente el mismo año en que se publican—en segunda edición Vallisoletana—los *Naufragios* de Alvar Núñez, también saldrá a la luz un libro de suma importancia que pertenecía a esa larga tradición de relatos de viajes que he esbozado. Se trata del *Viaje de Turquía* (1555) obra de autor desconocido, dedicada a Felipe II, y en la que se comenta explícitamente la actividad viajera. Apartándose de las acciones heroicas que tanto

31. Ver: Ralph H. Vigil, *Alonso de Zorita: Royal Judge and Christian Humanist*, que en breve publicará la University of Oklahoma Press.

32. Ver: *La vocación literaria del pensamiento histórico en América: siglos XVI-XIX* (Madrid: Gredos, 1982), pp. 15-80.

33. Aludo no sólo a las andanzas del protagonista como acto cognitivo, sino además a la duplicación interior de esa curiosidad, ejemplificada de otra manera en los relatos interpolados de “El curioso impertinente” y “El cautivo”.

34. “El viaje como medio de conocimiento: el *Viaje de Turquía*”, trabajo que se publicará en las *Actas del VIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*.

35. La edición más asequible del fascinante *Aromatum* es la de Lisboa: Junta de Investigaciones de Ultramar, 1964. Este libro guarda relaciones -en cuanto a sistema descriptivo de flora y fauna- con obras como la *Historia general* de Fernández de Oviedo y los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso, entre otras.

36. De interés en este contexto es la obra de Christian K. Zacher, *Curiosity and Pilgrimage* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1976); obra que se discute en el ensayo antes citado de A. Delgado.

interesaban a Tafur, en el *Viaje de Turquía* se expone la necesidad de poseer otros tipos de conocimientos. En la dedicatoria leemos:

Aquel insaciable y desenfrenado deseo de saber y conocer que natura puso en todos los hombres, César invictísimo, sujetándonos de tal manera que nos fuerza a leer sin fruto ninguno fábulas y ficciones, no puede mejor executarse que con la peregrinación y ver de tierras extrañas, considerando en quanta angustia se enzierra el ánimo y entendimiento que está siempre en un lugar sin poder extenderse y especular la infinita grandeza de este mundo, y por esto Homero, único padre y autor de todos los buenos estudios, habiendo de proponer a su Ulixes por perfecto dechado de virtud y sabiduría, no sabe de que manera se entona, más alto, que con estas palabras: “Ayúdame a cantar o musa! un varón que vio muchas tierras y diversas costumbres de hombres”³⁷

Otro viajero, Pierre Belon, se trasladará a Turquía para hacernos, desde allí, revelaciones similares; y en su relato titulado *Les observations*, abogará, con la curiosidad del naturalista, en favor de esa labor cognoscitiva que encierra el viajar³⁸. Sabemos que desde el siglo XV—y anteriormente—existió toda una documentada tradición apologética de la narración viajera; tradición que en la Edad Media se vio intensificada por los ciclos narrativos inspirados en las cruzadas y las peregrinaciones a los santos lugares. Pero más que ratificar ese hecho, ampliamente reconocido por la historiografía literaria, quiero destacar ahora una modalidad singularizada de ese discurso de viajeros que alcanzó gran difusión en la narrativa renacentista mediterránea, y que ocupa numerosos sectores de las crónicas indianas. Me refiero ahora a los relatos de naufragios³⁹, y en particular a las relaciones americanas que prepararon navegantes, soldados, burócratas y cronistas. Textos que, hasta bien entrado el siglo XIX, se leyeron en Europa con el deleite y hasta el espanto que producían los episodios más grotescos de la novela bizantina y de caballerías. Recordaremos en seguida que ese trasunto inagotable de informes y narraciones sobre desastres de la navegación se retoma, con espléndida ingeniosidad, en *La tempestad* (1610) de Shakespeare; y reaparece con otras características en la *Historia general de las Indias* (1552) del humanista Francisco López de Gómara; encontraremos en ella descripciones exóticas de la conquista de Yucatán, de la ciudad de Tenochtitlán, de bailes, ídolos y nigrománticos;

37. *Viaje de Turquía*, ed. de Fernando García Salinero (Madrid: Cátedra, 1980), pp. 87-88.

38. El título completo de la obra es *Les observations des plusieurs singularitez et choses memorables trouvees en Grece, Asie, Judee, Egypte, Arabie et autres pays estranges* (1558).

39. Fernando Braudel, en su obra clásica *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II*, vol. II (New York: Harper Torch Books, 1966), ha documentado el impacto económico y la importancia que en general tenía el tema de los naufragios y la piratería en el área mediterránea. I, pp. 276-293; II, pp. 967-1004. Braudel enumera y comenta numerosas fuentes bibliográficas sobre estos temas.

narraciones que fueron leídas con la fascinación que podían despertar entonces los más descabellados relatos de ficción⁴⁰. Dentro de la secuencia tan desigual de hechos y datos que Gómara nos ofrece, destacarán las alusiones a naufragios y desastres que experimentó la navegación española en las interminables rutas americanas.

El mismo Gómara aparatosamente relata “La hambre, dolencias, guerra y victoria que tuvieron los españoles por defender sus personas y sus pueblos”; al mismo tiempo que nos refiere datos sobre “cocuyos, niguas, animalejos pequeños y de lo bueno y lo malo”⁴¹, así como sobre pronósticos de destrucción que afligían a La Española. Del mismo modo, también se detendrá para relatarnos, con especial dramatismo, las vicisitudes de “La famosa nao Vitoria” y las desgracias ocurridas en el comercio de las especias⁴². En otros capítulos, ya próximos a la conclusión de su hermosa historia, Gómara nos describirá “La espantosa tormenta que hubo en Cuauhtemallán, donde murió doña Beatriz de la Cueva”⁴³.

Tomando en consideración los avatares de esas narraciones que tanto prosperaron en el siglo XVI⁴⁴, conviene hacer ahora algunas aclaraciones sobre el cambio de título que sufrió la relación de Cabeza de Vaca. El profesor chileno Pedro Lastra, en un valioso estudio⁴⁵, indica que el vocablo “naufragios”—que ya aparece en el primer capítulo de la edición de 1555—venía sugerido en el encabezamiento del índice donde se lee: “Tabla de los capítulos contenidos en la presente relación y naufragios del gouernador Aluar Nuñez Cabeza de Vaca”. El nuevo título de *Naufragios* debió ser aprobado por el autor cuando éste hizo las numerosas correcciones y cambios que aparecen en la edición de 1555⁴⁶. Creo que el cambio

40. Véanse, entre otros, los siguientes capítulos: “Milagros de la conversión», p. 53; «Conquista de Yucatán», pp. 77-78; “Frutas y cosas que hay en el Darién”, pp. 14-106. Cito por la ed. de Jorge García Lacroix (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978).

41. *Ibid.*, pp. 41-49.

42. *Ibid.*, p. 149.

43. Ver: José Luis Martínez, *La piratería y Naufragios en Pasajeros de Indias* (Madrid: Alianza Universidad, 1983), pp. 11-123; 126-130. Otra obra de interés general sobre este tópico es: T. Desperthes y M. Duromensil, *Histoire des naufrages*, Vol. II (Paris: Thieriot Libraire, 1855).

44. Recordemos que el tema de los naufragios aflora con facilidad en los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso; concretamente en el conocido episodio novelesco acerca de Pedro Serrano (I, I, VII); el mismo asunto había aparecido en la *Elegía de varones ilustres de Indias* (1522-1607) según lo ha señalado José Luis Martínez, p. 121; y también aparece en el famoso *Carnero* (1637) de Juan Rodríguez Freyle; concretamente en el conocido episodio sobre Juana García. Véase mi *Vocación...*, No. 2, pp. 123-154.

45. “Los espacios de Alvar Núñez; las transformaciones de la escritura”, *Cuadernos Americanos*, CCLIV, 3 (1984), 150-163.

46. La evolución del texto la comento en el apartado (I,d) de mi edición.

de título de *Relación* a *Naufragios* remite directamente al contexto literario e historiográfico de la época que he descrito en estas páginas. Según lo hemos visto, el viaje, como actividad que comporta una multitud de revelaciones, ya era uno de los grandes temas de la literatura española y europea del siglo XVI⁴⁷. Al considerar la aceptación de que disfrutó esa suerte de narraciones, creo que el título de *Naufragios* fue adoptado—probablemente en consultas con el editor—para insertar el texto de Núñez en esa categoría exitosa de narrativa viajera a la que sin duda pertenecía. Como lo veremos a continuación, los *Naufragios* asimilan varios recursos expresivos propios de la prosa de ficción y, en particular, de relatos y novelas sobre viajes ficcionalizados. Mi parecer es que ese cambio de título, un tanto oportunista, era todavía más efectivo si se toma en cuenta el sentido, a la vez literal y metafórico, que el vocablo “naufragios” retiene globalmente en la narración de Cabeza de Vaca.

ECOS DE LA TRADICIÓN LITERARIA EN LOS *NAUFRAGIOS*

Sabemos muy bien que el propósito de Cabeza de Vaca no fue escribir ficción como tal. En otras partes de este estudio he subrayado que el marco de su relato se atiene, en general, a las codificaciones formalizadas de la relación como modalidad del discurso forense. Pero, al transformar su informe a la Corona en libro que alcanzaría alguna difusión, los moldes estrechos de la *relación* se verán superados por las exigencias que imponían al texto la directriz autobiográfica y la natural inclinación del relator por vincular sus testimonios a los códigos que disfrutaban entonces de mayor vigencia entre sus posibles lectores; de ese empeño es testimonio el cambio de título que se adoptó ya en la edición de 1555. Hasta donde el cotejo lo permite, se puede identificar, en la edición original de 1542, una ligera aglutinación de fórmulas expresivas y tópicos que pertenecían principalmente a la narrativa de ficción. Pero antes de referirme a ellos, reconoceremos que al “hacer memoria” (en su Proemio) y construir una narración autobiográfica, los *Naufragios* se transforman gradualmente en metáfora de la existencia de Núñez; es decir en “el libro de una vida”⁴⁸. Quisiera destacar en este contexto la manifiesta circularidad que la narración exhibe en su penúltimo capítulo⁴⁹. Núñez no sólo retorna a su espacio de origen, sino que al abandonar Nueva España, como le ocurrió

47. Eso se corrobora en textos importantes como el de Cristóbal Gutiérrez de Medina, *Viaje del virrey de Villena* (1640), ed. de Manuel Romero Terreros (México: Imprenta Universitaria, 1947); y Antonio de Guevara, *De muchos trabajos que se pasan en galeras* (1539). Ese texto, bastante raro, se ofrece como apéndice en la obra antes citada de José L. Martínez, pp. 123-234.

48. Véanse las referencias que hace sobre este conocido tópico J. Cirlot en su *Diccionario de símbolos* (Barcelona: Nueva Colección Labor, 1982), p. 463.

49. En la apreciación analítica del texto, y de cara a su reflexividad interior, es de especial interés la interpolación que hace Núñez de los relatos que le proporcionó Esquivel, cap. XVIII.

antes de salir de Cuba, se verá amenazado por tempestades y huracanes (Cap. I y Cap. XXXVII)⁵⁰. Principalmente en el primer tercio de los *Naufragios* las tormentas—con el sesgo apocalíptico que tuvieron en la novela bizantina y aún en relatos antiquísimos de origen semítico—aparecen y reaparecen como marco inestable que preconiza la trayectoria desastrosa que lleva la expedición. Lo tenebroso ocurre como elemento integral de la borrasca y también como emanación del que la contempla. “En esta tempestad y peligro anduimos toda la noche sin hallar parte ni lugar donde media hora pudiésemos estar seguros. Andando en esto oymos toda la noche, especialmente desde el medio della, mucho estruendo y grande ruydo de bozes, y gran sonido de cascaules y de flautas y tamborinos y otros instrumentos que duraron hasta la mañana que la tormenta cessó” (Cap. I).

El navegar precario que podía lograrse con barcas improvisadas culmina finalmente en la isla del Mal Hado; isla que tan fácilmente evoca las islas homéricas, entre otras, pero, sobre todo, la isla maldita mencionada en el *Lai* de José de Arimatea, y en la que también se producen peligros y tormentas⁵¹; es, si se quiere, el opuesto, o la inversión de la isla bienaventurada: es decir, “la isla de joyas” que figura en los mitos griegos y que era el punto afortunado de llegada en la *peregrinatio*. Es esa precisamente la isla que buscó Ponce de León y cuya supuesta ruta le llevó a la Florida. Así también, la sugestiva “heuilleta de talabarte de espada” que Alonso del Castillo tomó de un indio (Cap. XXXII) nos remonta al “sentido de protección” que tradicionalmente se había asociado con la hebilla como reducción del escudo y resorte que ata extremos imaginativos de toda secuencia. En este caso también la veremos como expresión de una alucinante trayectoria que se configura a un avatar circularizado⁵². Ecos del *locus amoenus*, según los formulismos identificados por Curtius, y muchos otros, se insinúan más de una vez en los *Naufragios*. Hacia el final de su camino, cuando Núñez ya anticipa jubilosamente que ha de verse rescatado, el proceso de evocación le hace aproximarse a visiones de tenue corte clásico⁵³.

les mandamos que se assegurassen y assentassen sus pueblos y sembrassen y labrassen la tierra, que de estar despoblada estaua muy llena de monte, lo qual sin dubda es la mejor de quantas en estas Indias ay e más fértil y abundosa de mantenimientos, y siembran tres vezes al año. Tienen muchas frutas y muy

50. La reincidencia del tópico parece indicar su uso deliberado. Ver: caps. I-IV, VI, X, XXXVII, entre otros.

51. Cirlot, p. 122.

52. *Ibid.*, p. 122.

53. Ver: Curtius, pp. 106, 192. Con ello no quiero inferir que Núñez hubiese alcanzado una formación humanística como tal. Me refiero, más bien, a la reaparición de una fórmula descriptiva que tuvo una vigencia notable en el siglo XVI y en obras muy dispares.

hermosos ríos y otras muchas aguas muy buenas. Ay muestras grandes y señales de minas de oro e plata (Cap. XXXIV).

Aun en pasajes que se apartan de toda construcción hiperbólica, el texto de Cabeza de Vaca incorpora otros convencionalismos que ya habían aparecido en el proemio de sus *Naufragios*, y que se repiten con matices diferenciados. Así, el tópico de lo inexpressable o no recuperable—que tan honda raigambre clásica tiene⁵⁴—reaparece más de una vez en los *Naufragios*. “Destos nos partimos y anduimos por tantas suertes de gentes y de tan diuersas lenguas que no basta memoria a poderlas contar ...” (Cap. XXIX). Pero más efectivo es el uso de la *brevitas* como formulismo condensado⁵⁵. En el proemio nos dirá Núñez que al relatar “antes soy en todo más corto que largo”. Ciertamente es que esta fórmula tenía, desde la antigüedad, igual vigencia en las narraciones históricas que en la ficción. No obstante, en los *Naufragios* el uso de la *brevitas* evoca la aplicación que de esa fórmula se hacía en textos literarios: “Los trabajos que en esto passé sería largo contarlos, assí de peligros y hambres como de tempestades ...” (Cap. XVI). A propósito de lo que les ocurrió en la isla del Mal Hado, Núñez dirá: “mas yo he contado las más principales y más señaladas [vicisitudes] por passar adelante y contar lo que más nos suscedió” (Cap. XV).

Si esos detalles ilustran una incorporación mesurada y a veces exigua de codificaciones literarias en los *Naufragios*⁵⁶, es, sobre todo, la súbita aparición en el último capítulo de una nigromante y de profecías lo que más directamente vincula a los *Naufragios* con la tradición literaria como tal. La Mora de Hornachos pertenece, con toda claridad, al linaje de las celestinas⁵⁷, que representan “Fabia” en el *Caballero de Olmedo* de Lope de Vega, “La Camacha” de Cervantes, “Juana García” de Rodríguez Freyle y la “Sycoray” de Shakespeare⁵⁸. Hornachos era,

54. *Ibid.*, pp. 120, 159.

55. A otro nivel, existe siempre la posibilidad de sugestivas analogías con textos reconocidos. Sobre todo cuando advertimos que el contenido de los *Naufragios* se aproxima a las secuencias episódicas de narraciones clásicas. Así, por ejemplo, la construcción de barcas, hechas por la expedición de Narváez, con árboles que encontraron en el norte de la Florida, se vincula a episodios similares que recordaremos en obras célebres. Antonello Gerbi en *La naturaleza de las Indias nuevas* (México: Fondo de Cultura, 1978), ha puesto de relieve la vigencia del tópico de “los árboles que se convierten en naves”, así como las relaciones de esos giros metafóricos con pasajes de la *Eneida* IX, 77-80; de las *Metamorfosis* de Ovidio, XIV, 50; y del *Orlando Furioso* de Ariosto, XXXIX, 26-28; obra esta última en que la fronda, al ser milagrosamente lanzada a las olas, se transformará (“in un tratto diventaro navi”, p. 31).

56. Esa tradición la explicita María Rosa Lida de Malkiel en *La originalidad artística de la Celestina* (Buenos Aires, E.U.D.B.A., 1968), pp. 242 y sigtes.

57. Ver mi: *Vocación...*, pp. 142-143.

58. Agradezco esos y otros datos históricos que me facilitaron, en ocasiones diversas, el

en el siglo XVI, pueblo extremeño habitado por numerosos moriscos entre los que se suponía la existencia de nigrománticos. La profecía fatídica e inesperada de la Mora desciende, con variantes idealizadas y escatológicas, desde Virgilio a Cervantes, pasando por Tasso y reapareciendo en Milton. Es particularmente reveladora la elucidación que de este tópico ofrece Alban Forcione en su análisis del *Coloquio de los perros* y otros textos cervantinos⁵⁹. Pero, más allá de esos vínculos y asociaciones, si viéramos el texto de Núñez como la encarnación de una profecía—emitida en este caso por una nigromántica—entonces propiamente cabría iniciar una valoración literaria del texto; lectura que también podría apoyarse en el acontecer novelesco que se insinúa en el regreso de Núñez a España. Nos sorprende que, en alta mar, la embarcación en que navega Cabeza de Vaca se vea amenazada por corsarios franceses. De esa aventura él reconstruye imaginativamente, y en su hispanizado portugués, las exclamaciones de un capitán lusitano que se expresa con la soltura pintoresca de sus equivalentes ficcionalizados (Cap. XXXVIII). Recordemos por último, y proyectándonos hacia textos posteriores a los *Naufragios*, que náufrago es el efebo de la *Primera soledad* (1611) de Góngora, y también lo serán, en el Nuevo Mundo, Antonio y su hijo en *La tempestad* (1611) de Shakespeare, así como el don Juan de Tirso en *El burlador de Sevilla* (1630). Todos ellos, como Alvar Núñez, recalán en playas desconocidas y habitadas por gente humilde; gente cuya presencia alude a un proceso de inversiones sutiles que a lo largo de siglos se han ritualizado en la narrativa de naufragios y catástrofes similares⁶⁰. Al exponer en estas páginas algunos nexos leves que la narración de Cabeza de Vaca mantiene con una dilatada tradición literaria, no he querido inferir que todo ello se deba a una elección deliberada por parte de Núñez. Al comentar esa dimensión del texto he intentado verlo como una construcción narrativa en la que naturalmente van quedando atrapados tópicos, motivos y alusiones que derivan de un espontáneo proceso analógico. Los *Naufragios* concluyen, como recordaremos, con una identificación precisa de los supervivientes, de sus linajes y procedencias; pero junto a ese pequeño inventario, que parece ser cerrojo final del texto,

conde Canilleros y Juan Pérez de Tudela. Ver, además: Julio Caro Baroja, *Algunos mitos españoles* (Madrid: Espasa Calpe, 1941).

59. *Cervantes and the Mystery of Lawlessness: A Study of "El casamiento engañoso" y "El coloquio de los perros"* (Princeton: Princeton University Press, 1984), pp. 59-88.

60. Las implicaciones de esos rituales, codificados según aparecen en una vasta tradición mediterránea, se expone en los siguientes estudios: John Freccero, "The River of Death: *Inferno* II, 108", en *The World of Dante: Six Studies in Language and Thought*, ed. de S. B. Chandler y J. A. Molinaro (Toronto: Toronto University Press, 1966); Richard H. Lansing, "Two Similes in Dante's *Commedia*. The Shipwrecked Swimmer and Elijah's Ascent," *Romance Philology*, XXVIII, 2 (1974), 162-163. Una exposición más amplia de las posibles relaciones de los *Naufragios* con la narrativa de viajes aparece en *Hallazgos de la lectura: homenaje a Miguel Enguidanos* (Madrid: Edit. Porrúa, 1989), pp. 63-83.

paradójicamente—y en ese mismo capítulo—se abre la grieta que suscita la revelación profética. Así, el acto de premonición, con toda su posible arbitrariedad, se inserta, para siempre, en el texto de Núñez como una apertura creativa que posibilita lecturas diversas de los *Naufragios*. Finalmente, al distinguir esa rica vertiente imaginativa del texto tampoco olvidemos que, implícito en la afamada narración de Cabeza de Vaca, también aparece el otro viaje del que nunca suele hablarse. Me refiero al cruento itinerario, no ya físico, sino cultural que padeció Alvar Núñez. Es decir, el trayecto regresivo que media entre la cultura renacentista—que este relator conoció en Italia y al servicio de la casa de Medina Sidonia—y el otro mundo que representan en los *Naufragios* aquellas tribus paupérrimas que en el siglo XVI aun vivían en las tinieblas del bajo paleolítico americano. Pero esa jornada, casi indecible, obligadamente tendrá que ser tema para otra ocasión.

Vanderbilt University